

Laura Castañeda García y Daniel Escorza Rodríguez,
Antonio Garduño. Fotografía y periodismo en los inicios del siglo XX
(México: UAM-X, 2018), 151 pp.

Antonio Garduño Gutiérrez, conocido en la Academia de San Carlos como Antonio G. Gutiérrez por usar la letra del apellido materno entre nombres, cobra vida gracias al estudio de dos importantes estudiosos: Laura Castañeda y Daniel Escorza. Fotógrafa, investigadora del pasado fotográfico que labora en la Facultad de Artes y Diseño de la UNAM, la primera, e investigador de amplia trayectoria que labora en la Fototeca del INAH, el segundo. Ambos reúnen sus formaciones, intereses y habilidades para realizar un estudio profundo de la obra de Garduño, su devenir académico, su labor como fotógrafo y sus aportaciones en el ámbito del “arte fotográfico”, como solía llamarse en esa época, pues es uno de los más destacados artistas de la lente del paso de los siglos XIX al XX.

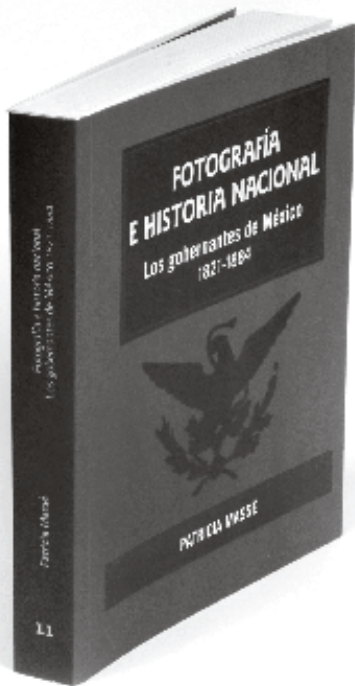
Si bien el libro inicia con un desarrollo biográfico, poco a poco se desprende para incursionar en la obra del fotógrafo y sus antecedentes como artista plástico y estudiante de la Academia de San Carlos. Garduño nació en ese prodigioso estado en donde Octaviano de la Mora, Abraham Lupercio, Librado García *Smart* también iniciaron su labor como fotógrafos. Con los años puso su gabinete o estudio fotográfico, desde ahí diversificó sus formas de trabajo asalariado. Conocido como el fotógrafo de las novias por su dedicación y entusiasmo al retratarlas, fue sustancial para el desarrollo de la fotografía en la Academia de San Carlos, como lo hace notar Laura Castañeda, pues no me cabe duda de que es su pluma la que ejerce ese interés en el artista, dibujante, pintor.

Eso deja claro que Garduño era de esos fotógrafos de una gran vocación y de una fuerza constructiva de la imagen. Es un placer ver publicadas las imágenes que realizó, lo cual nos dota de una información de primera mano sobre las clases de dibujo que apoyaban con el método que introdujo Fabrés, con elementos claros del medio oriente, con un arguilo de por medio, de paños y objetos varios de las culturas árabes que muestran el gusto por el arte de esos lejanos lugares, en ese momento más recónditos y misteriosos aún.

También analizan al Garduño fotógrafo de arquitectura colonial de la catedral; sus fotografías de gran calidad y fortuna visual, entre las que destacan sus autorretratos. Interesante también su faceta de fotoperiodista, en ese caso —me parece— responde a la pluma fina y delicada de Daniel Escorza, quien gusta de analizar con lupa los detalles finos de la imagen. El investigador ha desarrollado el método de trabajo que Ana María Mauad ha llamado “biografía de la imagen” y con éste puede establecer las fechas de creación, producción, publicación, así como identificar a los autores y sus publicaciones o fuentes de trabajo, entre otros datos relevantes de la fotohistoria. Continúa el análisis de la obra de Garduño, quien realizó importantes imágenes durante la Revolución, baste decir que una de ellas es la de Zapata y Villa en la silla presidencial.

El último apartado muestra el clímax del libro: la obra de Garduño sobre el hermoso cuerpo de Nahui Ollin, o Carmen Mondragón, hija del mismísimo general que dio el golpe de Estado al primer intento de democracia en México del siglo XX; es decir, a Madero y Pino Suárez. Las imágenes que recrea Garduño no son convencionales, son absolutamente novedosas, vanguardistas y salen de todos los cánones que él mismo profesaba pues, así como lo señalan los autores, es un fotógrafo diversificado del estudio, del fotorreportaje, de la academia a la calle; paisajista y fotógrafo de vistas urbanas y arquitectónicas, de edificios coloniales y modernas avenidas; de poses y desnudos académicos a desnudos erotizados, de resuestas pictóricas y ruptura de los cánones establecidos.

Era momento de destacar la obra de Garduño, de conocerlo desde sus más íntimos rasgos fotográficos hasta su producción a mitad del siglo XX. Longevo fotógrafo que hasta ahora tiene un merecido homenaje, a pesar de las críticas que pudo esgrimir contra el arte moderno en México de fines de los años veinte. Los autores también lanzan una posible hipótesis que deslinda su postura. Para conocerla hay que leer este rico material que da paso a la comprensión entre siglos de un fotógrafo de cepa pictorialista que mutó con los años y con el deseo, su labor visual.



Patricia Massé Zendejas,

Fotografía e historia nacional. Los gobernantes de México, 1821-1884
(México: INAH, 2018), 290 pp.

La fotografía de nuestros gobernantes de la etapa independiente (o de quienes han tenido el mando del Ejecutivo, así hayan sido emperadores, parte de una Regencia, o presidentes republicanos) concita simpatías y animadversiones. En buena medida esta iconografía del poder político se fue construyendo durante décadas. Los rostros del Ejecutivo no han sido marginales. Por el contrario, flotan en el imaginario colectivo, y asombra encontrarlos todavía en emblemas de estaciones del metro y del metrobús, así como en estampas y monografías escolares que se ofertan en la papelería de la esquina.

Las fotografías de quienes ejercieron el poder Ejecutivo entre 1821 y 1884 en nuestro país es el tema que desarrolla la más reciente investigación de Patricia Massé. El volumen nos introduce en la historia de una serie de fotografías que la sociedad de Antíoco Cruces y Luis Campa (fotógrafos muy reconocidos de la ciudad de México) elaboraron en 1874. Este producto se conoció como *Galería de personas que han ejercido el mando supremo de México con título legal o por medio de la usurpación*. Diez años después sólo uno de estos fotógrafos (Antíoco Cruces) elaboró otro título que llevaba por nombre *Colección de 53 gobernantes de México o presidentes de la República Mexicana*.

Dicho de esta manera suena sencillo, pero el libro tiene un trabajo de filigrana histórica; lo que realizó la investigadora fue, por una parte, rescatar este *corpus*

fotográfico y virtualmente reconstruirlo; por la otra, se abocó a indagar el origen de estas colecciones, su significado, las vicisitudes por las que pasaron los autores en el registro, circulación y difusión, el tipo de clientela que consumía esos retratos, y apuntar posibles problemas metodológicos e historiográficos sobre la naturaleza de la fotografía, su circulación y recepción durante el siglo antepasado.

La tarea se tornaba muy peliaguda, sobre todo tomando en cuenta que ni la *Galería* ni la *Colección* sobrevivieron a su concepción original. De ahí que el trabajo también consistió en reunir estos fragmentos dispersos en un sólo volumen. Es importante recalcar que en 1874, año de su aparición, las tarjetas de visita se comercializaban como piezas sueltas y, por lo tanto, no se vendían como un álbum, o un *dossier*. Hasta donde sabemos, ninguna biblioteca o repositorio tiene esta *Galería* o la *Colección* de fotografías como un *corpus*. En toda esta labor, la autora optó por una vía interpretativa que metodológicamente apuesta por la imagen como hilo conductor, nutrida por una sólida documentación libresca, amén de la búsqueda y rescate de las imágenes en los acervos de la Fototeca Nacional del INAH.

Sin duda, este novedoso libro se constituye como un vínculo entre lo mejor de la tradición fotográfica decimonónica y lo más notable del estudio de nuestra historia patria.